

Beatriz Berrocal Pérez

UN
VERANO
EN EL
GARAJE

© 2021, Beatriz Berrocal Pérez

© 2021, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Septiembre de 2021

ISBN: 978-84-123628-2-4

Depósito Legal: M-23807-2021

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*Para Leire y Teo.
Gracias por hacerme infinita.*

Beti

1

Hola. Me llamo Carmen, tengo diez años — bueno, casi once, porque solo faltan tres meses para mi cumpleaños— y voy a contarte lo que me pasó en el mes de julio. Pero antes de empezar a explicártelo todo, me parece que mejor será que te presente a mi familia y a mis mejores amigos; para que cuando hable de ellos, sepas quiénes son. Porque si no, va a ser un lío.

Mi padre escribe. Trabaja para una fábrica de libros, así que se pasa el día metido en su despacho, con el ordenador. No sé cómo lo hace, pero todos los días tiene mucha prisa por acabar un trabajo que esperan sus jefes. Siempre me regala libros, lo mismo por mi cumpleaños que por mi santo o Navidad. Incluso el año pasado, cuando me operaron del apéndice y estuve en el hospital cinco días, se presentó con una colección completa de libros. Yo no quiero desilusionarlo porque, como a él le gustan tanto, me da

pena decirle que hay muchas otras cosas para regalar (por si no se ha dado cuenta, ya que está todo el día trabajando).

Mi madre también trabaja: es peluquera. Lo que pasa es que a mí no me peina nunca, porque cuando llega a casa y le pido que me haga un peinado chulo, dice que está harta de estar todo el día peinando y que la deje descansar un poco. Antes del verano me cortó el pelo. Para que estuviera «más fresquita», me dijo, pero yo creo que fue para que dejase de darle tanto la lata con que me hiciese peinados.

No tengo hermanos, así que no te puedo hablar de ellos. Lo que sí tengo son abuelos, tíos, primos y todo eso. Ya te los presentaré otro día, que si no, me lío y no empezamos nunca con lo que me pasó en julio, que es lo que quiero contarte.

También están mis amigos. Tengo muchos, porque en mi clase de 5ºA somos veinticuatro, y casi todos son amigos míos. Tengo un vecino un poco más pequeño que yo. Se llama Jorge,

va a 4.º B y es muy amigo mío, porque vamos y venimos siempre juntos del colegio. Además, por las tardes, nos vamos a su casa o a la mía y, después de merendar, hacemos los deberes. Si estamos en su casa, tenemos que estudiar



por narices, porque la madre de Jorge no veas el genio que tiene; pero si estamos en la mía, como mi madre no está y mi padre trabaja en el despacho, entre un ejercicio de matemáticas y otro nos echamos unas partidas a la *Play*.

Tengo que reconocer que hay veces que llevo los deberes mal hechos porque me confundo, ¡pero si vieras cómo se pica Jorge cuando le gana al FIFA...! Mola mucho.

¿A ti te dejan decir «mola»? A mí no mucho. Mi padre dice que esas palabras no debemos decirlas, que se nos va a olvidar hablar bien, pero como en clase lo decimos todo el rato, se me escapa sin darme cuenta. De todas las maneras, no soy la única. El otro día, cuando mi madre se compró un bolso durante las rebajas, llegó a casa y dijo:

—¿A que mola?

Mi padre la miró juntando mucho las cejas; y cuando mi padre te mira así, ya te puedes poner en lo peor, porque eso es que algo no va bien.

—¡Ya solo nos faltaba que tú también hablastes como la niña!

La «niña» soy yo. Mi padre siempre me llama así. Ya me imagino cuando pasen los años y yo sea una viejita con bastón y pelo blanco—como mi bisabuela Geno— y mi padre pregunte por la niña. Él es así.

Bueno, pues eso, que Jorge es muy amigo mío. Aunque a veces también nos peleamos, no creas; lo que pasa es que mi madre dice que no me puedo pelear con él, que eso no está bien siendo ella tan amiga como es de su madre, porque después, por nuestra culpa, se enfadan ellas. La madre de Jorge deja de ir a la peluquería de la mía, así que es una clienta que perdemos. Luego, se va corriendo la voz por el barrio y nos quedamos sin gente. Y si tiene que cerrarla, no tendremos para comer apenas.

Como a mí la comida me gusta bastante, prefiero no discutir mucho con Jorge.

También tengo una amiga muy muy amiga; la mejor que tengo. Se llama Elena, y no vive don-

de vivo yo. O sea, vive en otra ciudad, una que está muy lejos. Por eso no vamos al mismo colegio ni nos vemos todos los días ni nada de eso.

A Elena solo la veo en verano, cuando viene de vacaciones con sus padres y su abuelo a una casa que tiene aquí, cerca de la mía. Está un mes más o menos. Entonces sí que nos lo pasamos bien juntas. No nos separamos en todo el día. Vamos a la playa con su madre, a dar una vuelta, estamos por el parque grande... A veces, cuando vemos pasear a su abuelo, este nos invita a unos helados.

Pero este año el abuelo se puso pachucho. Cuando Elena me escribió para decirme que no podía venir me dio una pena tremenda. Tenía la sensación de que un verano sin ella no iba a ser nada divertido.

No sé si a ti te pasará lo mismo, pero, durante el verano, casi todos los niños de 5.º A se van de vacaciones a sus pueblos, así que solo nos quedamos Jorge y yo. Por esa razón estamos deseando que venga Elena; porque, si

no, esos meses son un rollo que no veas. Esto se llena de turistas, al ser un pueblo con playa. Parece que estamos en otro planeta en esas fechas, porque viene mucha gente de fuera y no conozco a nadie.

Nosotros no nos vamos de vacaciones. Mi madre dice que con la de extranjeras que vienen, es cuando más gente tiene en la peluquería. Así que la única cosa buena que tiene el verano es la llegada de Elena y su familia. El abuelo es muy simpático, y siempre está contando historias de cuando estuvo en Cuba por trabajo. Elena tiene un hermano pequeño, pero ese no cuenta, porque ni habla ni nada; lo único que hace es llorar cuando ve que nos vamos. Quiere venir con nosotros, pero mi amiga no le deja; dice que es un pesado.

No te he dicho que Jorge tiene dos hermanos mayores, pero es que tampoco cuentan, porque pasan de él. Lo de «pasar» tampoco le gusta a mi padre que lo diga... Si por él fuera, tendría que hablar siempre con un diccionario en la mano.

Todavía no te he contado lo más importante, lo que pasó en julio... Es que quiero contarte tantas cosas que me va a llevar un rato. Pero tú sigue. Verás qué divertido fue.

2

Cuando mi madre vio lo triste que me puse al saber que no venía Elena, se debió de imaginar que me iba a pasar todo el mes de julio más aburrida que una ostra. Cuando me aburro, voy a verla a la peluquería, aunque a ella no le hace mucha gracia; dice que le espanto a las clientas.

Eso es una mentira entera y verdadera. Yo lo único que quiero hacer es ayudar, y a mí también me gusta peinar. Pero se enfada si cojo un cepillo para alisar a alguna señora. Las clientas son muy protestonas, y nada más que me ven acercarme, se levantan de la silla y dicen que les doy tirones, que soy muy revoltosa, que no paro quieta, que «qué niña más trasto»... Es entonces cuando mi madre me saca a la calle.

—Te vas a casa ahora mismo, ¿entendido? Porque si no, te vas a enterar.

¿Y yo qué voy a hacer si me aburro?

Cuando se imaginó que al no venir Elena me iba a pasar el tiempo yendo y viniendo de la peluquería, tuvo una idea acertada:

—Tal vez... Si los padres no pueden venir, tal vez pudiese hacerlo Elena.

Me quedé mirándola como si hubiese visto un marciano.

—¿Elena sola? ¿Y con quién iba a quedarse?

—Con nosotros, por supuesto. Puede pasar el tiempo que quiera aquí, en casa. Ya se ha quedado a dormir muchas veces, ¿no?

Mira, me quedé que no sabía si estaba soñando o no. Era una idea tan buena que me dio rabia que no se me hubiese ocurrido a mí. Me pareció que tenía toda la razón: pasar un mes juntas, en la misma casa, sin separarnos ni para dormir... Cuando se lo contase a Jorge se iba a poner a dar saltos. (El verano también es un rollo para él).

—¿Y no puede quedarse en mi casa? —me preguntó él cuando se lo conté. Al parecer, le chinchaba un poco que se quedase en la mía y no en la suya.

—No.

—¿Y por qué?

—Pues... Porque..., porque... Bueno, porque sería una injusticia. Porque tú ya tienes a tus hermanos para que te hagan compañía, y yo no tengo a nadie.

—¿«Compañía»? Mis hermanos no me hacen compañía. Lo único que hacen es fastidiarme, ya lo sabes.

Jorge tuvo que conformarse, porque cuando le preguntó a su madre si podía invitar a Elena a su casa, ella le respondió que allí no había sitio para nadie más. Es que los hermanos de Jorge son muy largos y tienen unos pies enormes. Entonces, claro, ocupan mucho, así que no pueden andar metiendo a «niñas veraneantes», como le dijo su madre, en casa. (Ya te digo que siempre está enfadada).

Total, que decidimos que Elena se quedaría en mi casa. A pesar de eso, Jorge, ella y yo pasaríamos todo el tiempo juntos.

Cuando mi madre llamó a la de Elena para

preguntarle si la dejaba venir y esta aseguró que sí, nos pusimos a hacer planes por teléfono. Como nuestras madres permanecieron cerca, casi ni pudimos hablar entre nosotras, porque empezaron con el rollo de «que ya os veréis», «cuelga ya, nena» y todo eso. Poco importaba que se hubiesen pasado media hora hablando del tiempo que hace aquí y allí. Ellas solo tenían prisa cuando nos pasaron el teléfono a nosotras.

Faltaban solo dos semanas para que el colegio terminase y Elena viniese a casa. Aun así, pensé que serían las dos semanas más largas de mi vida. Con todo, se me pasaron enseguida.

¿Tú qué tal vas en el colegio? A mí lo que mejor se me da es Sociales, porque es todos los años lo mismo: que si los movimientos de la Tierra, que si la reproducción de las plantas con flores, que si los vertebrados y los invertebrados... Como eso no cambia, no hay que estudiar mucho. Lo que es un rollazo son las matemáticas.

¿Y te gusta Educación Física? A mí solo me gusta cuando hacemos partidos y eso. Cuando a la profesora le da por mandarnos saltar el potro, ya estoy perdida.

—¡Te pesa el culo, Carmen! —empieza a decirme—. ¡Te pesa el culo!

¿Qué quiere que haga? También me pesan los brazos y las piernas. ¿No querrá que lo deje todo en casa? Oye, como le dijo un día mi madre, cada uno es como es; y si a mí no se me da bien saltar el potro, pues mira...

Mi madre no soporta eso de que se metan conmigo por no estar delgada. Ni yo tampoco. Así se lo dijo a la profesora. Desde aquel día me trata un poco mejor, y cuando los de mi clase se cuelgan en las espalderas o hacen el pino, a mí solo me dice:

—Tú haz lo que puedas, maja.

Y eso intento. Trato de subir las piernas para arriba. Pero no suben, y no hay más vueltas que darle. No soy capaz de hacer el pino. De hecho, no paso ni de musgo a ras de suelo.

De todas formas, como yo lo que quiero ser es detective privado, tampoco creo que me haga mucha falta saber hacerlo. Nunca he visto a un detective andando cabeza abajo en las películas, vamos.

Al final, en las notas me puso «Progresada adecuadamente», no porque hubiera progresado —estaba exactamente igual que al principio de curso—, sino porque se dio por vencida. Se ha dado cuenta de que conmigo no van a contar para las próximas olimpiadas.

Lo que más me fastidió fue suspender Matemáticas.

Ni te cuento la cara que puso mi padre cuando vio las notas. No sé si a ti te pasará lo mismo, pero el mío debe de tener un problema en los ojos, porque cuando le enseñé el boletín solo ve lo malo. Lo otro ya puedes tenerlo como quieras, que a él solo le llaman la atención los suspensos.

—Me temo que este verano vas a tener mucho que estudiar —me dijo muy serio—. Así

que será mejor que tu amiga Elena no venga por ahora.

Lo de que tenía que estudiar mucho en vacaciones no me impresionó; lo dice siempre, sea verano o invierno. Él sería feliz si me pasase el tiempo pegada a los libros. Pero lo otro, lo que dijo de Elena, me fastidió que no veas.

—Pero, papá...

—Vete a tu cuarto.

Es una manía que tiene él como otra cualquiera: casi todo lo arregla mandándome a mi cuarto. ¡Como si así se solucionasen las cosas!

—Pero es que... —intenté convencerlo.

—Ni «es que» ni nada. ¿jTe parecerá bonito suspender Matemáticas!?

—¡Pero si he aprobado todo lo demás! —protesté, por si no se había dado cuenta.

—Esa es tu obligación.

Ya te lo he dicho: mi padre es así. Y como ya lo conozco, lo que hago es dejarlo, que se le pase el enfado; y al día siguiente ya, con la

mejor cara de buena que sé poner, trato de convencerlo de nuevo. Generalmente, da resultado. Aunque esta vez...

3

¡Esta vez también! ¿Qué? ¿Te habías pensado que ya me había quedado con el castigo de que no viniera Elena?

No, al final lo convencí. Eso sí, me hizo prometer en varios idiomas que, a pesar de que estuviera Elena en casa, tendría que estudiar Matemáticas todos los días. Con tal de que dejase venir a mi amiga, le prometí todo lo que me pidió (aunque tengo que confesarte que mientras él hablaba y hablaba de lo importante que era aprender para «el día de mañana», yo pensaba en lo bien que me lo iba a pasar; en las aventuras que nos estarían esperando). Solo quedaban unos días para que llegase. Se me olvidó incluir en esos planes veraniegos lo de estudiar Matemáticas; pero bueno, eso se podía arreglar.

Jorge aprobó todas.